

Pequeño era el dato, corta la noticia, pero después de algunas averiguaciones, he aquí el origen de esta leyenda popular.

II.

En la época y en el paraje ya mencionado, habitaba una familia compuesta de una anciana septuagenaria, casi ciega; una hija de esta, viuda, de cuarenta años, y de cuatro vástagos, tres hembras de corta edad, y Juanillo, que no contaba sus veinte abriles.

El esposo de Mariana, y padre de aquellos, hombre de bien á carta cabal, había muerto á consecuencia de unas calenturas malignas, agarradas en unas plantaciones que fué á disponer en la ribera del Genil, pues excusó las precauciones de recogerse á poblado de noche, creído sin duda en que las humedades de este río, eran tan saludables como las del Dauro.

No quedaba más amparo á todos, que los brazos de Juanillo, pero este, robusto como un gigante, aunque inocente como un niño, los ejercitaba tan á maravilla, y madrugaba y trasnochaba para tenerlo á punto, que la heredad producía el pan cotidiano, y el hambre huía de la casa solo con descubrir



al muchacho cargado siempre con sus instrumentos agrícolas.

Juan Camisón, que debió este mote á no mucha abundancia de esta prenda, ó más bien, á usar los desechados del autor de sus dias, que pueden figurarse el estado de lucimiento en que los recibiera, era el modelo de los de su clase. De agradable rostro, simpático á primera vista, ni fumaba, ni entraba en los ventorrillos, ni tenía más reuniones que las de su casa. Al principio lo motejaron y hasta quisieron burlarse de su apego á sus deberes, pero la sinrazón por un lado, y por otro que el chico tenía el alma en su armario, y de un puñetazo atontaba á un novillo, hicieron que lo dejaran como cosa perdida, y le guardasen lo que se llama el bulto, cuando lo descubrían.

Además, de su casa no salía mendiga sin ser socorrida en su pobreza con los frutos que producía el terreno, que se multiplicaban á maravilla.

El mayor gusto de Juanillo consistía en acompañar los domingos á misa á su abuela á la insigne colegiata del Sacromonte. Con qué cariño, con qué esmero llevaba de la mano á la ciegucecita. En la penosa cuesta, siempre se empeñaba en tomarla en brazos, y aunque rabiaba la abuela, no había más remedio que obedecer al nuevo San Cristóbal, que se daba por pagado con el beso cariñoso que recibía en la frente.

Su conducta edificaba de tal manera, que el señor Abad le hacía sus regalos, y hasta el cabildo, en el anterior invierno, que fué muy crudo, le

compró una capa de excelente paño de Castilla.

Todas las tardes bajaba con su carga de verduras al mercado, ayudando á una pobre burra que solo tenía tres piés, resto de la herencia paterna, pero sin maltratarla ni apresurarla nunca.

—Sirvió bién á mi padre, decía, y si ya no puede más, tendremos paciencia.

¡Y cómo había de volverse á su vivienda, sin comprar en la confitería de San Gil dos cuartos de *cascajillo* para las niñas y sus dos onzas de mostachones para la abuela!

El cuadro que se representaba de noche á su llegada era conmovedor. La madre lo esperaba en el umbral con la gente menuda, y la anciana rezando el rosario porque lo librase Dios de todos los pe-
ligros. Las chiquillas se le colgaban á las piernas al repartirse las golosinas, y la menorcilla, de tres años, que no había conocido otro, le llamaba *padre* con infantil alegría. Este dicho les hacía llorar.

Después entregaba á Mariana el producto íntegro de los frutos, sin reservarse un solo maravedí, y luego llevaba á la ciega su obsequio. Ambos se tenían una pasión sin límites. Muchas veces por jugar con ella, le escondía los dulces en la ropa y después le preguntaba por el paquete, la abuela rabiaba, interín conseguía sujetarlo, y el castigo era infinidad de cariños que le disputaban los restantes.

A las Animas se rezaba el rosario, y se acostaban á dormir con el corazón sano y la conciencia tranquila.



III.

Una de las noches que más tardó Juanillo en volver, á causa de lo largo de la faena, montado en su burra coja, meditaba sobre el porvenir, algo asustado por dolerle un poquillo las espaldas.

Al llegar al nicho con enverjado de hierro que sitúa al principio de *la Cuesta Empedrada*, Juan se quitó el sombrero, y dijo.

—Virgen Santísima, protegedme y á lo restante de la familia. Dadme salud para ganarles el sustento, y que no tengan que verse á cara de ningún extraño. Quisiera ser rico, no para volverme un holgazán, sino con el fin de cambiar esta pobre bestia por una buena mula, y comprar zapatos á mis hermanitos. Quisiera meter una zagalona que ayudase á mi madre, que se mata trabajando por nosotros, y tener una renta adelantada en poder del amo, para no estar siempre soñando en si llegará el quince de Agosto y no tendremos el dinero.

Y, porque es preciso decirlo todo, añadimos nosotros, quisiera no ser pobre por cierta Mariquita Pepa, la hija del tío Campanero que vive en el *Santo Sepulcro*, y posee cuatro fincas, y es bonita como un lucero, laboriosa y honesta, y que necesita

cuatro vueltas y media de cordón para sujetarse el pelo de la castaña.

Ya se vé, el amor no repara en clases ni en condiciones, y Juan se sintió herido, aunque guardando cuidadoso su secreto. Pobre y cargado de obligaciones, no iba á procurar mayores cuidados, ó exponerse á una negativa á su pretensión.

Aunque en cuanto á calabazas, habría mucho que decir. María Pepa, no tenía novio, y hablarle de eso, era perder para siempre las amistades. Es más, no asistía á bailes ni se juntaba con las mozuelas de su edad; fuese por acaso ó adrede, siempre se encontraba en su puerta á las horas que tenía que pasar Juanillo, saludándose afectuosamente.

De vez en cuando, este le llevaba un clavel encarnado de los del tamaño de medio duro, que euídaba asiduamente en una maceta, único trabajo superfluo que el infeliz se permitía.

—¿Quieres esta flor? le preguntaba Juanillo.

—Con mucho gusto, respondía ella, viniendo de tu mano. Y se la colocaba en la cabeza no quitándosela hasta que se secaba.

Pero no se hablaban más palabras y así seguía el cuento adelante.

Terminada la súplica á la Virgen, le rezó una salve y quedó aliviado y tranquilo.

A la noche siguiente le ocurrió una aventura particular.

Iba por el borde de la acequia y pasado *el molino del vedrío*, sintió ruido en el agua.

Se bajó de la caballería, y pudo ver como un



Biblioteca Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

bulto que zapateaba en la corriente. Con la vara lo atrajo, y cogiéndolo, se encontró con una gallina que le habían atado los piés y las alas para que se ahogase.

—Malas intenciones tienen estos chiquillos, exclamó desatándola.

La gallina al hallarse suelta, dió una voletada y se perdió entre los salves.

—Ganas tenía de libertad, dijo Juan y siguió adelante.

Dos dias pasaron sin tener que acercarse al mercado de la verdura, pero al que hizo tres, preparó una buena carga. Ya oscurecido y al llegar al sitio de la ocurrencia se le antojó esta copla:

Á la puerta de mi novia
me dió sueño y me dormí,
y me despertó su gallo
cantando, quiquiriquí.

Como si hubiera esperado esta alusión, una gallina le respondió cacareando, pero sin demostrarse.

Juan sintió un poco de repeluzno y juró no volver á más cantos gallísticos. Pero el cacareo no cesaba por eso, aunque invisible, hasta que al tropezar con el pedruzco referido, vió con asombro en él subida una gallina como la que salvara, teniendo en derredor hasta dos docenas de pollos de un color extraño, pues eran dorados hasta las crestecillas y los picos.

—Veremos si puedo agarrar algunos, se dijo, pero inútilmente. La clueca y los bichillos echaban

á correr, deteniéndose hasta que se acercaba. Así lo llevaron hasta un paraje del río que se llama el *barranco de las Tinajas*.

En él, redoblaron sus pios en torno del ave, y se escondieron en un agujero que cubrían unos espesos zarzalones.

El muchacho entró en su morada sin contar á nadie la ocurrencia, y ya en el lecho, se puso á meditar lo que pasaba.

—Esto no debe ser obra del enemigo. Quién sabe si la Sagrada Virgen se haya acordado de mí, y quiera socorrerme de esta manera. Cuando llegue la siesta de mañana, me escurriré con un pretexto cualquiera, para ponerme en acecho en el barranco.

Y así sucedió como lo pensara. Juan tendido y oculto sobre un repecho, vió á los pocos minutos salir la gallina con sus hijuelos, los que escarbando con la mayor presteza dejaban al descubierto unas partículas que brillaban extraordinariamente á los rayos del sol. No fué larga la tarea, perdiéndose por el mismo paraje.

Juan entonces, se acercó procurando no ser visto, y halló que los objetos brilladores eran nada menos que pepitas de oro, de las que arrastra el Dauro en sus arenas, y que extraen con asiduo trabajo los hombres dedicados á este ejercicio.

Todas las guardó en su pañuelo, volviendo loco de contento á su casa. Refirió á su abuela y á su madre todo el caso, y las pobres mujeres no se cansaban de alabar á la Divina Providencia.



—Ese es el premio de tu buena conducta, hijo adorado, le dijeron. Guarda en lo más hondo de tu pecho lo que ocurre y comprende que quien pone su confianza en Dios, siempre le recompensa.

Juán que era más listo de lo que parecía, pensó que para evitar interpretaciones, fuera lo más conveniente proveerse de la cazuela de madera para el lavado y del harnero con su palo de gancho sustentor para el cernido de las arenas. Así lo hizo, y como á nadie chocaba que en las horas de descanso inventase alguna faena productiva, pasó desapercibida esta nueva profesión del mancebo.

Á la hora acostumbrada, este se ponía en acecho de la gallina, que, repitiendo su obra, dejaba al descubierto riquísimo botín á su protegido. No pasó una semana, sin vender en el Zacatín una buena parte.

—Chiquillo, le dijo el artífice platero, esto es un tesoro; tráeme á vender cuanto saques, pues su calidad y ley es de lo más puro que se conoce. Has tenido una fortuna y vas á ser rico.

Á esta palabra, Juanillo se descubrió involuntariamente, pensando en la Virgen.

Con el dinero que á cambio le entregaron, compró lo primero una arrogante mula, llevando encima del flamante aparejo una especie de sillón que encontró en un baratillo.

—¿Dónde vas con ese armatoste? le interrogaban. Pero él, muy satisfecho, les decía.

—Son unas *amugas* que sirvieron al ama de un señor canónigo. En ellas llevaré como una rei-

na á la abuela á la misa mayor de la parroquia.

Y efectivamente, que quiso que no, verificó con ella la entrada triunfal en la iglesia.

Aquirida la mula, quisieron comprarle la borri-
queja.

—Nunca la venderé, añadió, coma y descanse, en nombre del amo de quien la recibí.

Llenó la casa como una colmena; á los chiquillos tres vestidos nuevos, y á la vieja se permitió el lujo de una mantilla de veludillo. Á su madre puso la criada prometida, y cuando esta le aconsejó que tomara un mozo continuo para la finca, se negaba repitiendo que mientras pudiera moverse no quería estar ocioso un solo instante del día.

Otra compra hizo que le sumergía en hondas meditaciones. Al cambiar pepitas en la platería, descubrió unas gitanillas de esmeraldas colocadas en el aparador. La memoria de María Pepa, se le vino á mientes; las recibió en cuenta, y échese usted á pensar como donarlas.

La doncella estaba, como de costumbre, de centinela en su puesto. Juanillo se detuvo casi temblando, él, que manejaba un azadón de treinta libras, y le dijo:

—María, ya sabes que he tenido la suerte de dar con un criadero de pepitas de oro. Me he acordado de tí como siempre, y en lugar de un clavel de los de casa, te traigo estos zarcillos, que te pido de rodillas los aceptes.

La muchacha quedó deslumbrada con el presente, y más que todo con la pasión verdadera con que

se expresaba el mozuelo. Poniéndose encarnada como una anapola le respondió:

—Este es un obsequio que no puede recibirse sino de manos de un esposo.

Juán tembló como un azogado al escuchar esta frase.

—Sin embargo, lo recibo ahora, y á la noche despues que despaches tus quehaceres, te aguardo en la ventana para darte la contestación.

María Pepa, comprendió con ese sagáz instinto mujeril, que con hombres del temple de su enamorado era menester declararse á ellos.

El chico se marchó ébrio de ventura á confiar el secreto á la abuela. Esta ya de sobra lo había adivinado.

—¿Qué tiene mi hijo? interrogaba Mariana á su madre.

—Nada malo. Felicidades presentes, para realidades futuras. Razón es que te veas como yo reproducida en tus nietos.

Y las buenas mujeres se abrazaron sollozando.

Juanillo iba como si llevara alas en los talones. María estaba en la reja al acecho. Apenas cambiaron las primeras ruborosas confesiones de un primer amor, apareció el Campanero en la esquina. Al muchacho se le vino el mundo á cuestras.

Pero el suegro futuro le dijo:

—No te escondas, hombre, que mi hija bien merece un mozo honrado y trabajador como tú eres. Cuenta conmigo, y cuando se haga la boda esta casa será la tuya.

—Eso no, tío José, saltó como una chispa el muchacho. No abandonaré, aunque me costara la vida, á las mujeres que el cielo me ha encomendado. Usted sí que se vendrá con nosotros á vivir y hablará con mi madre y lo cuidaremos con el mayor cariño. Yo cantaré coplas, y tocará el guitarro, y cuando suenen las campanas de la abadía, las niñas llamarán al otro padre que la Providencia les depara.

Al tío José se le saltaron las lágrimas, abrazó á Juan, y abriendo la puerta lo entró sentándolo.

—Una silla te doy en mi casa; que te portes tan bién en ella como el gusto con que te recibo.

Hubo su correspondiente *gaudeamus*, y hasta se bebió por primera vez una copa de guindas, probada antes por los labios de idem de María Pepa.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VI.

La fama de la suerte de Juanillo, corrió por todas las alturas. Las madres lo daban como modelo á sus descendientes.

El número de lavadores de arenás, se aumentó hasta formar un ejército. Pero aunque se ponian en los mismos sitios que aquel, solo obtenian lo de costumbre, un corto jornal.

La gallina y los pollos seguían escarbando, hasta que una noche se la encontró ya en el pedruzco de la primera vez. Detúvose, y las miró que en lugar de dirigirse al barranco, tomaron ligeras el repecho de los cerros contrarios.

No volvieron nunca. Sin embargo, ya había reunido una suma considerable.

Los mercaderes, como las pepitas no podían ser producto de ningún robo, sino de un legítimo hallazgo, se las compraban y pagaban bien.

—Es un filón destinado para este huérfano, es lo único que le repetían. Que haga buen uso de este don de la divinidad.

En lugar de sentir la desaparición completa de la gallina, Juan se fué á dar gracias á la Santísima Virgen y á ofrecerle una luz en su ferrado nicho.

Con el dinero junto, realizó todos sus ensueños. La heredad en que naciera le fué vendida por el propietario y además obtuvo tres viviendas para las hermanillas. Pero cuando entró orondo como un prior, fué el jueves, que en la feria se trajo dos vacas con su apéndice de novillos.

—¿Qué has hecho, loco? le decía la madre, ¿dónde vá á caber tanto animalejo?

—Es para que se alimenten ustedes bien. Con la leche se engorda, y quiero devolverle á la abuela la vista.

Del pretexto de cuidarlas se valieron para que admitiese un pobre huérfano como ayuda.

Que se celebró en seguida la boda, no hay para qué decirlo. La mañana de la ceremonia hubo un

pequeño entredicho. No pudieron hacerle que se pusiese una camisa con chorreras, regalo de la novia.

—*Juán Camisón* me llaman, y nadie me quitará el mote, mientras ande sobre la tierra. Venga uno limpio y cosido, pero sin aleluyas, que no trato serian de mí.

Á la noche la alegría fué estrepitosa. El tío José bailó con Mariana, que no ocultaba sus lágrimas. El nieto se empeñó en que cantase la abuela. Ella accedió con lo siguiente:

La Virgen de las Angustias
y el patrono San Cecilio,
os echen su bendición,
como á todos os bendigo.

Y con la majestad que prestan las augustas canas y una vida sin tacha, alzó los brazos é hizo el signo de la cruz á los arrodillados concurrentes.

Este fué el término de la fiesta. Juanillo al retirarse con su mujer la decía:

—¿Es verdad que ya estaremos juntos para siempre?

—Calla, tonto, le respondió Pepa empujándole; no ves que sí?

Una sola persona lloró de disgusto. La hermanilla menor, que la quitaron de dormir con su padre.



JUNTA DE ANDALUCÍA

Biblioteca Monumental de la Alcazar de Sevilla y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

V.

Los ancianos recuerdan haber oído de otros, lo dichosos que fueron los moradores de la hacienda del Nogal, y la descendencia con que se vieron favorecidos.

Y algunas noches del florido Mayo, van los mozuolos del camino á pararse en el sitio mencionado. Pero como desgraciadamente no son tan virtuosos y trabajadores como *Juán Camisón*, no se dá otro ejemplo de que se presente *la gallina con los pollos de oro*.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

SOL DE NIEVE.

Leyenda.

I.

¿Cuál tienes el pecho?—¿cuál tienes el alma?—
¿qué impulso la guía?—¿qué móvil lo arrastra?—El
mar proceloso—de espumas se cuaja—apenas el
viento—sus olas levanta.—La flor en el prado—
que yace agostada—si acude el rocío—con vida se
alza.—Y tú, sola, inmóvil—cual recia montaña,—ni
amor te combate—ni quejas te ablandan.—¿Es
mármol tu pecho?—¿es nieve tu alma?

II.

Siempre fué voluble y revoltosa la condición de
aquellas razas del desierto africano, que al inva-
dir la España goda, y derrocar su monarquía en los

campos del Guadalete, se extendieron por la Península, formando á poco tantos reinos como caudillos ambiciosos se presentaban.

Aún la ciudad que fuera despues perla de Occidente, no ostentaba ninguno de sus alcázares y palacios, sino los imponentes castillos de la Alcazaba y de Torres Bermejas; aún existía una *Elvira* más importante que la *Garnathad*, cuando el rey de Córdoba Abdalá, el año 888 de la Era Cristiana, tuvo que salir á campaña á reprimir la gran sedición de sus vasallos muzlitas, árabes y mozárabes, que desde la tierra de Jaen hasta las colinas de Sierra Nevada se habían levantado predicando la ruina y el exterminio.

Suar, Obeidalá y Aben-Suquela, fueron sus más terribles caudillos.

Los siros, fieles á su monarca, tuvieron que evacuar las fortalezas granadinas, donde llevando cautivo al walí Gaad, entraron victoriosos los sublevados.


Pero el derecho triunfó de la injusticia. La batalla de Elvira causó la muerte de dos de aquellos jefes, y doce mil guerreros tiñeron con su sangre la Vega, que parecía destinada en los futuros siglos á ser teatro de memorables hazañas.

No desmayaron por eso los rebeldes. Nombraron caudillo á Zaide, uno de los *mauludines* más queridos y hermano de Solimán, el famoso poeta, héroe de nuestra leyenda.

Mas no siempre el valor está unido con la fortuna.

Con más arrojo que oportunidad, el nuevo adalid atacó á las huestes reales en los campos de Loja, y hecho prisionero, sufrió el tormento de que le abrasaran los ojos con un hierro candente y que despues de tres dias de martirio fuera enviada á Córdoba su cabeza con el parte de la batalla. Entonces el escarmiento se hizo general, y se recobraron las poblaciones perdidas, y los muchos torreones elevados en las orillas del Dauro y del Genil.

III.



La pena de Solimán no tuvo límites, y quedó siendo la admiración y el orgullo de su raza. Porque era el poeta más enalzado de su época y el que cantó con mayor energía las proezas de sus amigos.

Así describía el triunfo de Suar: (1)

Ya de la arrancada el polvo
su hueste de pavor llena;
todo el cielo se oscurece
que densa nube se eleva.

.....
Pregunta á Suar, te dirá

(1) Lafuente Alcántara.

de la encendida pelea
si las cándidas espadas
cercenaban las cabezas,
deshojando á los turbantes
de bandas y cintas bellas.

¡Ay! que Solimán, el descendiente de los ilustres colonos de Calcis, poseía las diez prendas que forman el conjunto de un cumplido caballero árabe.

¿Quereis saberlas? Pues bién, era bondadoso, valiente, modesto, gentil, *poeta*, chistoso, fuerte, diestro en la lanza, firme en la espada y certero en la flecha.

¿Mas por qué con tan brillantes condiciones abandona su venganza y su partido?

Hafsun, el rebelde principe de Toledo, aunque sirviendo á unos mismos intereses, le agravió injustamente en su honra.

Solimán, con su acostumbrada nobleza le desafió á singular combate, cediéndole hasta la elección de armas; pero el cobarde Hafsun desoyó las reglas de la caballería y denegó la petición. El poeta hizo pública esta conducta, y encontrando á su enemigo en el campo le castigó severamente, y hubiera muerto á sus manos, sin la intervención de otros guerreros.

Y he aquí por qué las banderas muzlitas pierden al más popular de sus valientes, y el astuto rey lo recibe á su servicio dándole el mando de una hueste en el distrito de Elvira.

IV.

Por entonces los caballeros de Damaseo que buscaban en toda Andalucía un cielo y unos jardines como los de su patria, se fijaron en Elvira. Pero doblemente llamaron su atención los valles de la población semítica, y abandonando aquella se vinieron á fundar la *Alcazaba*. Apoyados en el antiquísimo castillo de Iznarromán, formaron las murallas cuyos restos aún se conservan, y echaron los cimientos de una magnífica ciudad.

Varias familias judías de *Garnathad* se vinieron á comerciar con los nuevos pobladores, edificando casas al abrigo de la inexpugnable defensa.

En una callejuela angosta, detrás de la plaza de armas que dominaba la anchurosa Vega, vivía una hebrea por nombre Judit.

Solimán, á pesar de su defección, había sido perfectamente aceptado por los partidarios del Emirato de Córdoba.

Sus bellas composiciones poéticas le ganaban el corazón de las mujeres.

Una hermosa de origen persa, llamada Fátimah, hija de un jefe de arqueros, fué la reina de sus pensamientos. Verla y amarla, fué obra de cortos ins-

tantes. Por medio de Judit que poseía una ventana lindera al huerto de la bella, le hacía señales y enviaba escritos solicitando entrevistas más cercanas.

Pero alguna tenía que ser insensible á sus prendas personales.

Negativas constantes únicamente obtuvo. Ni los más finos obsequios, ni un pergamino con sus más inspirados versos en que pintaba la hermosura de su rostro y lo insensible de su corazón, lograron ablandarla.

Sol de nieve, que así la denominó, seguía despreciando al gallardo capitán.

Mas supo que una causa oculta motivaba estos desdenes. Aben-Meruan, de la familia de este nombre, era el galán afortunado.

Solimán, ciego de rabia y tan valiente como insensato, compuso y dió á conocer una série de epigramas contra aquellos, Hamándolos tímidos gacelas ante el enemigo.

Los Meruan quisieron vengarse sobre seguro de tan grave injuria.

Una oscura noche en que el poeta iba casa de la judía decidido á introducirse en los aposentos de su desdeñosa beldad, al saltar las tapias del huertecillo recibió tres estocadas en el pecho.

No sobrevivió un instante á las terribles heridas, ignorándose sus matadores.

El dolor de sus amigos y soldados fué inmenso. Un poeta de la raza *asedita* escribió la siguiente elegía, como epitafio:

¿Dó yace el que alimentaba (1)
á los pobres desvalidos
y fué su sombra en verano,
y en el invierno su abrigo?
Breves céspedes le ocultan,
pero céspedes floridos;
cúbranles siempre las rosas,
y los jazmines sombríos.
Desde que dá el campo flores,
hoja el campo y agua el rio,
y desde que luce el sol,
ni hombres ni genios han visto
otro que más noble fuese
que el Said aquí escondido.
¡Oh lágrimas de mis ojos,
regad la senda de mirtos!



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

En la cuesta del Zenete, bajando á mano derecha, existe un cármén cuyas tapias por el lado opuesto tocan á un callejón sin nombre que dá á los muros de Santa Isabel la Real. Allí, según referencias tradicionales, ocurrió la muerte del célebre trovador *muzlita*, y aún aseguran que á fines del pasado siglo existía una lápida borrosa, conmemorativa del trágico fin del enamorado de *Sol de nieve*.

(1) Traducción de Conde.

EL RAMO MILAGROSO.

Tradición.

I.

Entre los más ricos mercaderes de la famosa Alcaicería granadina, figuraba D. Roque Valduendo, natural de Santander, y con relaciones comerciales en todas las Américas españolas.

Su nombre era considerado como tipo de formalidad y honradez, y su casa respetada por todo el mundo.

Desgraciadamente, su hijo único, Jorge, mancebo de poco más de veinte años, había salido el reverso de la medalla de su padre. Enemigo del mostrador y de la aritmética, gustaba más de devaneos y diversiones, que de cuidar los cuantiosos intereses que habría de poseer.

Su madre, D.^a Lorenza, una bendita mujer, lo adoraba con locura, dándole dinero á cada instante, y cubriendo sus faltas y ausencias nocturnas, que D. Roque hubiera castigado severamente.

El jóven era terrible galanteador. De bella figura, rico, y en lo más florido de su juventud, se veía

aceptado de las de su clase, pero gustaba de espi-
gar en diferentes campos.

Por aquel entónces, hace dos siglos, la industria de la lana estaba en todo su apogeo en el Albaicín. Multitud de fábricas ocupaban los edificios más extensos, y telares de operarios menos acomodados, se hallaban en las demás calles. También las mujeres obtenían su parte en los trabajos, dedicándose unas, al hilado de los vellones, y otras, las más muchachas, á bordar flores y cenefas en los paños y capotes. De las más listas, y codiciadas por los maestros por el primor de su obra y la prontitud con que terminaba su tarea, lo era la hermosísima Lucía, habitante en la *Charca*, á espaldas del horno de este nombre, en una mezquina vivienda que de antiguo perteneció á la parienta con quien se recogiera. Huérfana cuando más necesitaba consejos y cuidados, tuvo que reunirse con una solterona anciana, su tia en segundo grado, que la admitió con gran cariño, y para quien la bordadora fué despues la providencia. En efecto, con su jornal se mantenían ambas con decencia, y la laboriosa niña, modelo de honradez y cordura, no salía jamás sola, y su puerta estaba cerrada siempre á visitas y pueriles pasatiempos. Y era de una belleza singular. Alta, esbelta, de ojos y cabellos oscuros, con un color moreno claro, y una gracia y una pureza en el rostro, que la comparaban á una imagen cuando salía con el traje de fiesta, las pocas veces que sus quehaceres la daban lugar. No se la conocían novios, y con gran prudencia y recato desechó más

de un buen partido para su clase, saliendo los desahuciados agradecidos encima, por el tono y comedido de la respuesta.

Pues allí puso Jorge sus pensamientos. Escudriñando la parte más pobre del barrio, una tarde vió sentadas en el umbral á la tía y la sobrina en sus ocupaciones cotidianas. Quedó prendado del perfume de aquella humilde violeta, y resolvió su conquista sin vacilar.

Hizo á otro día su declaración en forma, acompañando un presente, y se lo devolvieron con la negativa de costumbre. Es más, Lucía se ocultaba, si el joven aparecía en la plazoleta.

Esta conducta interesó doblemente al, hasta aquí, fácil conquistador.

Acechó á la tía Petra cuando en la plaza compraba sus menesteres; se valió de otras mujeres, madres de muchachas que trabajaban con Lucía, para que ensalzaran sus prendas, y fingiéndose hijo de un acomodado tratante de granos, hizo las mayores protestas y se sometió á las más difíciles pruebas, hasta lograr entrada en la vivienda de la muchacha. Su gentileza y amable fisonomía hablaban en su favor, y la Petra tuvo la mayor culpa en que se principiasen las relaciones. Todas las noches, de oración á ánimas, llegaba al portal de la humilde vivienda, y allí departían los tres, cambiando de vez en cuando una palabra amorosa.

Lucía empezó á sentir los efectos de la primera pasión; pero su honradez y crianza la retenían siempre en los límites más irrepochables. Jorge co-

noció que de aquel modo no podía saciar sus intentos, habló de próxima boda para hacer presentes y adquirir confianza, pero le respondieron que ni en un año tendría su ajuar listo la mozuela, ni recibirían lo más pequeño sino después de corridas las amonestaciones.

Entonces concibió un proyecto diabólico. Aguardó con paciencia una ocasión y esta la obtuvo al celebrarse el Santo de la tía. No era cosa de desairar una mezquina libra de dulces, que haciéndose el indiferente les ofreció, y que, al repartir, se guardó con disimulo su parte.

No bien había trascurrido un cuarto de hora, cuando una invencible soñolencia se apoderaba de las dos mujeres, cayendo como insultadas. Jorge cerró la puerta y cometió la mayor de las infamias, marchándose enseguida.

Por los recuerdos de una escena horrible que bullía en su lastimado cerebro, y por el aire de dueño, y exigencias que se atrevió á proponer Jorge á la noche siguiente, concibió Lucía toda la extensión de su infortunio.

Entonces con la dignidad de una reina, y reprimiendo su inmenso pesar, le dijo:

—Eres un hombre vil, indigno del nombre cristiano que llevas. Si con un brebaje has abusado de mi honra, conociendo que no tengo padre que me defienda, la Virgen vengará este ultraje, y sabe que desde hoy te aborrezco. Sal de la humilde vivienda que has manchado y no vuelvas á acordarte de que existo.

Jorge quedó al pronto confuso, pero despues le respondió con burla.

—Ya te se pasarán esos fueros y tendrás buén cuidado de llamarme. Sabe que no soy el artesano que te figuras, sino Jorge Valduendo, el hijo del más rico mercader de la ciudad.

En seguida se alejó.

Las infelices mujeres se echaron llorando la una en brazos de la otra.

—Yo soy la culpable, repetía la Petra, enteraré al señor Corregidor de esta infamia para que nos proteja y haga justicia.

—Silencio, tia, le replicaba la jóven, nadie conoce mi pena, que quede sepultada entrè nosotras.

La vida de las pobres criaturas fué bién triste. Trabajando por único consuelo, y rezando antes de acostarse para no dormir, no queriendo hablar con los vecinos sino lo más preciso, eran encima motejadas, y con especialidad la niña, de orgullosa y ridicula, por haber despedido un novio de tan buenas condiciones, sin causa ni pretexto, pues el mundo entero ignoraba lo sucedido. Mas tenian que aumentarse los pesares. Lucía conoció que levaba un ser en sus entrañas. La rabia de Petra no tuvo límites. Hablaba de vergüenza, y de obligar al villano á que remediase su daño.

La jóven le respondía.

—Será voluntad del Señor. Nos iremos á ocultar nuestra desdicha á otra tierra; pero en cuanto al inicuo, no podría tolerar un instante su presencia.

Este paseaba de vez en cuando la calle, pero sin

conseguir que se abriese un postigo. Lucía quedó invisible, y Petra echando doble llave, llevaba los bordados y compraba los comestibles. Las curiosas comadres se deshacían en conjeturas.

Al oscurecer de una noche de aquel otoño, Petra iba á la fábrica que situaba en la calle del Lavadero de Santa Isabel. En una esquina frente á las tapias de la huerta, existía un grande nicho, ó más bién una pequeña capilla donde se veneraba la imágen de Cristo crucificado. Además del farolillo encendido delante del enverjado de alambre, adornaban la efigie unos grandes ramos de azucenas contrahechas.

En aquel sitio encontró la anciana á Jorge, que iba de paso en busca de nuevos galanteos.

Con el corazón palpitante lo detuvo, y disimulando su ira, en sentidas frases le contó el estado de Lucía, suplicándole hasta de rodillas que devolviera su honra á su desgraciada é inocente sobrina.

Jorge la recibió con mofa, contestándole:

—No sermonea mejor el Prior de los Agustinos; yo hice mi gusto de bueno ó de mal grado, y he sufrido únicamente desprecios. Pues sabed, doña Vieja, que me casaré con la chica cuando esas azucenas de trapo sean naturales y olorosas.

Y señalaba con impiedad al bendito simulacro.

Petra se santiguó horrorizada, alejándose de aquel parage.

Jorge iba á imitarla sonriendo, cuando un poder sobrenatural lo detuvo. De la capilla salieron conducidos por manos invisibles, los ramos de azuce-

nas, convertidos en frescas y lozanas flores, cuyo aroma perfumó todo el espacio, oyéndose una voz que decía:—Blasfemo, impío.

El jóven aterrorizado, yerto, con la vista errante, sin darse cuenta de lo que le pasaba, sufrió una terrible conmoción en todo su ser.

Cuando á la mañana siguiente, fué á despertarle su cariñosa madre, Jorge no pudo responderle. Estaba mudo, y como paralítico.

II.

Júzguese la pena de los autores de sus dias.

Los médicos más famosos no atinaban con el remedio de la dolencia, y como el jóven no podía hablar ni escribir, todo era conjeturas y consideraciones inútiles. Unicamente el más antiguo de los doctores dijo.

—Esta enfermedad es un misterio, nuestra ciencia no alcanza á descubrirlo. Solo donde halló el mal pudiera encontrar el remedio. Que su familia indague y despues nos consulte si le parece.

D. Roque empezó entonces una serie de averiguaciones, y derramando oro obtuvo la confesión del boticario que preparó les confites, ignorando para quién serviría el brebaje, y por último la del criado de su confianza, que dió pelos y señales de la conquista del Albaicín.

El comerciante creyó estar en vias de profundizar el secreto, atribuyendo á malas artes la enfermedad de su hijo, por lo que se decidió á personarse en el sitio que se le indicaba.

Sorprendidas quedaron las infelices mujeres al escuchar una mañana repetidos golpes en su puerta. Asomose la Petra, descubriendo un anciano que se bajaba de una poderosa mula, que sujetaba un paje, y en cuya fisonomía contrastaban la severidad y la tristeza.

Abrió temblando, y apenas se introdujo en la pequeña habitación, al ver las dos personas, dijo:

—¿Estamos solos?

—En mi casa nunca ha habido más que nosotras, le respondió la tía.

—Pues bién, repuso el recién llegado. Soy el padre de Jorge y vengo con este sagrado derecho á enterarme de lo que entre vosotras haya sucedido.

—Tiene usted por hijo un infame, saltó como una víbora la Petra; y si mi sobrina me lo hubiera permitido, la justicia es la que le preguntaría si es lícito deshonar inocentes por la fuerza, y blasfemar del Santo Nombre de Dios.

Quedóse aturdido D. Roque.

—No se moleste usted, caballero, añadió la sobrina, quiero olvidar la traición de que he sido víctima. Estoy acostumbrada á respetar las canas en quien las ostenta, pero le respondo lo mismo que hace tres meses á su hijo. Quitese en seguida de mi presencia. Y señalando la calle, subió las escaleras de su dormitorio.



JUNTA DE ANDALUCÍA

El mercader que se pensó iba á ser objeto de súplicas y exigencias de dinero, estaba alelado y confuso. Por fin, con buenas razones pudo convencer á Petra que le relatase cuanto ocurriera entre los jóvenes.

Le interesó que ablandara á la sobrina, que ya recibirían noticias tuyas, y marchó á visitar al señor Cura, quien le aseguró lo tocante á honradez y laboriosidad de su feligresa. Por otra casera que compraba géneros en su almacén, supo así mismo algo de los amores de Lucía, las señas del novio, y la extrañeza que ocasionara la brusca despedida de tan arrogante mancebo.

Con las orejas gachas volvióse D. Roque y dijo á su esposa:

—La chica es un tesoro de hermosura y de dignidad. Hacía meses que despidió á Jorge, y no habían vuelto á recibirlo. Su daño viene de otra parte, salvo que no sea un castigo del cielo. Y le refirió el crimen cometido con Lucía.

—Es menester repararlo, darle cuanto pida, que nada falte á esa desdichada niña.

—Pero es el caso, que me ha puesto en la calle, y no hay medio de que reciban nada que nos pertenezca.

—Yo la veré, entre hembras se arreglan mejor estos asuntos.

—Pues en tí confío, y manos á la obra, que nuestro hijo único se muere por momentos.

D.^a Lorenza, con esa intuición propia de una ma-

dre, se encerró con el enfermo. Cuando salió se la conocía un rayo de esperanza.

—Roque, dijo á su esposo, hay que intentar su salvación. Una lágrima ha brillado en los ojos de Jorge al pintarle su crimen y el estado de su víctima.

III.

Repetidas veces una señora conducida en una litera entraba casa de la bordadora, deteniéndose largo tiempo. En el barrio todo eran deseos de averiguar el objeto.

Nosotros tenemos precisión de saberlo.

Si huraña y desdeñosa se mostrara Lucía con don Roque, lo mismo fué con su esposa. La herida había sido cruel, y sus primeras ilusiones muertas en flor.

D.^a Lorenza, con una sagacidad admirable, se ganó primero la confianza de Petra, y despues entró en la difícil conquista de la sobrina. Esta no se daba á partido.

—No quiero ver esa gente, repetía. Es más, en cuanto reuna otra pequeña cantidad, abandonaremos á Granada para siempre.

—Perdona, hija, le contestaba su parienta. Dios perdona á los pecadores.

—Pero me ha herido á traición. Es un villano.

—Olvida las injurias, Lucía, la señora dice que está muy enfermo y arrepentido, que no abandona el lecho, y harto hacen en rogarnos con tanto comedimiento.

—¿Que pretenden, decidme?

—Que abandonemos estos sitios donde las murmuraciones no cesan, bajando á una morada cerca de la suya. Que cuando recobre la salud se casará contigo, y que se remediarán olvidándose los disgustos pasados.

—No me fio, puede ser con fines siniestros.

—De ningun modo, D.^a Lorenza es una santa.

—Siquiera por el ser que llevas en tus entrañas.

Lucía prorrumplía en gemidos y era necesario suspender el diálogo.

Por fin, avergonzada la jóven de su prolongado encierro, y de ciertas hablillas que llegaron á sus oídos, accedió por último á la mudanza.

La madre de Jorge la condujo á una preciosa casa, frente de la que ella habitaba. Allí sin lujo, pero con gran comodidad se instalaron; sirviéndoles comida y todo lo necesario de la primera.

Á los tres días doña Lorenza quiso hacer una prueba. Condujo á Lucía al balcón, con el pretexto de que examinase los edificios comarcanos. Don Roque con su hijo estaban al acecho ocultos tras de unas cortinas. Al ver la jóven el mancebo dilató expresivamente el semblante, y con las pocas fuerzas que tenía para sostenerse, hizo ademán de marchar en su busca.

El padre le hizo señas de que se calmara bajo

promesa de que lo llevarían al día siguiente. Se le conoció la inmensa alegría que experimentara, y el sosiego con que se colocó en el sillón de brazos, vuelto hacia los balcones.

—Si hay remedio para mi pobre Jorge, está, después de Dios, en manos de Lucía.

—Cálmate, esposa, le contestaba D. Roque, mayores imposibles ha vencido el amor. Lo que ahora importa es que lo reciba bien en la primera entrevista.

—Ya está prevenida y de su buen corazón nada temo. ¡Á qué ángel fué Jorge á escoger como víctima de sus iniquidades!

—Bien lo sufre. Respetemos los altos juicios del Altísimo.

El enfermo, apenas le dieron de comer á la tarde siguiente, demostraba ansiedad por marchar casa de Lucía. Sin embargo, esperaron á que oscureciera. Entonces los padres lo condujeron agarrado de los brazos. Ver á Lucía y hacer ademán de arrodillarse todo fué uno. En cambio la niña, al mirarle tan enfermo, sin fuerzas, sin voz, el enojo que la cegaba acabó inmediatamente, dando entrada á la más generosa compasión. El cariño, comprimido por el justo resentimiento, que ya no tenía razón de ser ante tan grande castigo, brotó en su pecho, y las miradas de sus ojos, al cambiarse con las del mudo, fueron un dulce bálsamo para ambos corazones. Rezadas las Ánimas se marcharon, teniendo que prometer en alta voz, para sosegar á Jorge, la vuelta á la velada siguiente.



CONSEJO DE LA ANIMACIÓN Y GENERALIFE
CONSEJO DE CULTURA

Así trascurieron otras muchas. Ningún reloj más fijo que el enamorado mancebo para avisar las Oraciones. Los gritos inarticulados que lanzaba eran un especial aviso. Lucía lo sentaba á su lado con el mayor cariño, lo acercaba á la lumbre, y le limpiaba el llanto que brotaba de sus ojos ante aquellas pruebas de afecto.

El doctor aseguraba á los padres que había escapado de las garras de la muerte, que lo restante era necesario esperarlo del tiempo y de la Providencia.

Llegó el momento esperado con ansiedad, en que Lucía iba á ser madre.

El médico y D. Roque tuvieron una larga conferencia. Aquel se encargó de la asistencia de la do-
liente.

Á Jorge lo dejaron en la habitación inmediata, presa de una terrible agitación nerviosa, cada vez que escuchaba los gritos de dolor de su amante. D.^a Lorenza le tenía asidas las manos sujetándolo.

Un gemido mayor que los anteriores sonó en la alcoba. Á los cortos instantes, se oyó la voz del médico que empujando á Petra le decía:

—Llevad el chico á que lo vea el enfermo.

Esta obedeció maquinalmente.

Jorge al contemplar aquella inocente criatura que le debía el ser, recorrió su cuerpo como una emoción eléctrica, rompió á llorar, y en seguida extendiendo los brazos, rota la trabazon de su lengua ante aquella emoción más poderosa, dijo.

—¡Hijo mio! prenda de mis entrañas, tú me has salvado!

En efecto, la curación se realizaba. El sabio doctor había acertado con su propósito.

La alegría no mata. Antes bién es una excelente medicina. Al siguiente de la cuarentena la Iglesia bendecía los esposos, y celebraba el bautizo del nuevo Jorge de Valduendo. El jóven, por completo restablecido, confesó á su madre su blasfemia y el castigo instantáneo recibido. Nadie, ni áun su esposa, tuvo revelación del milagroso suceso.

Á partir de aquella fecha, la buena señora cuidaba que desde la primera á la última vara de blancas azucenas que se criaban en los jardines, fuese á adornar la milagrosa imágen.

El público comentaba tan constante regalo, y mil versiones distintas corrieron de boca en boca (1). La devoción del Cristo tuvo un aumento considerable, sostenida por los sucesores del rico mercader.

Todos fueron felices bajo tan divino protector, no habiendo más discordias que las de D.^a Lorenza,

(1) Refiere el padre Chavarria, sin dar al caso época, ni el hecho por cierto, que estando rezando un hombre ante la imágen, como le importurara un mendigo, le respondió que no lo haría hasta que reverdecieran las azucenas, obrándose el milagro, y denominándose así el Cristo en adelante. Tengo por más exacta mi tradición, pues atendidos aquellos tiempos, y la piedad en quien se detiene á rezar ante una efigie no es de suponer blasfemara, ni menos respondiese desabridamente á un pobre en aquel piadoso ejercicio.



PO. Monasterio de San Juan de los Rios, Sevilla, España. Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

y Petra, sobre cuál había de tener por más tiempo en brazos al chicuelo. Hubo de intervenir D. Roque, poniéndolas á turno y banda, como los riegos de la Vega. Cuando despues se aumentaron los vástagos hubo para todos, aunque no consta si llegaron á cansarse de las gracias infantiles.

V.

Cuando la invasión francesa en 1811, se demolió, como tantas otras, este emblema del catolicismo español, y el cuadro venerando del *Santo Cristo de las Azucenas*, fué adquirido por una piadosa señora de aquella familia, que le siguió rindiendo el más fervoroso culto.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

RUISEÑOR

I.

¿Por qué llora Leonor?

Es la bella hija de D. Diego Vitoria y de Beatriz de Sandoval, tan favorecidos por los Reyes Católicos á causa de sus leales servicios.

Á este le premiaron con el nombramiento de *Jurado* de la ciudad de Granada, dándole magnífica casa en la colación de San Juan de los Reyes, en la esquina opuesta á la *mezquita de los Conversos*, purificada por Fray Hernando de Talavera.

Aquel edificio tenía un precioso jardín árabe, que cercaban por detrás los lienzos de muralla de la puerta de *Bib-albonut*, yendo á caer por Mediodía sus paredes, á la cuestecilla de frente de la plazuela.

En el centro arraigaba un copudo ciprés, cerca de cuyo tronco un receptáculo de mármol, más grande que un pilón, y más pequeño que una alberca, recibía las cristalinas aguas, de un tomadero oculto en una gruta con honores de cueva, incrustada en el testero del costado.

Á este jardín, daba un elegante Mirab ó corredor



descubierto, sostenido su piso y su calada techumbre, por una serie de delgadas y primorosas columnas de Macael, con cifras y calados en las cornisas. Un blanco jazmín lo ceñía en parte, y un verde limonero contrastaba su perfumado azahar con el aroma de la planta enredadora.

Cuando en las noches de primavera la clara luna filtraba su luz velada por entre las picadas hojas del jazmín y un rayo hería la pura frente de la hermosa joven, sembraba que un ángel la enviaba celestial saludo, ó que el astro de la noche la felicitaba como una hermana.

Pero sin embargo, por sus mejillas corren perlas de dolor.

Sus ademanes sin concierto, sus frases vagas é incoherentes, demuestran lo perturbado de su razón.

¡Loca, sí, loca, la castellana más apuesta, la rosa más admirada de los pensiles de Valladolid!

¿Qué lo motiva? Oídme, es una leyenda dulce como el aroma de la violeta, y triste como el suspiro del niño que vuela al cielo desde los brazos de su madre.

II.

Cuatro meses habían transcurrido desde que ocupaba con sus padres la nueva morada.

Los antiguos dueños, que pertenecían á la ilustre familia de los Aldorandines, no habían querido aceptar capitulaciones, retirándose al reino de Fez, donde fueron perfectamente recibidos.

Un pariente suyo, morador allí cercano, había quedado en el encargo de realizar los bienes que les restaban.

Era la estación de las flores.

La jóven gustaba de asomarse á la preciosa galería, contemplando por un lado los huertos y elevados edificios del Albaicín, y por el otro, los hechiceros adarves que como un cinturón de verdura rodeaban el alcázar y fortaleza nazarita.

Su imaginación vagaba placentera ante tan risueñas perspectivas, sin detenerse en un punto fijo, ni observar si era el blanco de curiosas miradas.

Solo le sorprendía que á las pocas veces de ocupar su sitio de recreo, el canto del ruiseñor llegaba hasta sus oídos.

Al principio era lejano, como de las alturas detrás de las antiguas murallas, y despues se iba acercando hasta resultar los trinos como desde las ramas del ciprés. Le chocaba lo sostenido de aquellos, impropios de tan débil pajarillo, y que además



eran precursores de una suave música de guzla, que resonaba en el mismo sitio donde sonaba el canto. Es más, si su madre ó su hermano, se presentaban en el mirador, todo ruido cesaba, como indicando que á Estrella únicamente se rendían aquellos homenajes.

Lo cierto es que ella aprovechaba cuantas ocasiones tenía de asomarse sola, para gozar de las misteriosas armonías.

Una tarde, ya cerca de ponerse el sol, tuvo curiosidad de descubrir si la canora avecilla, guardaba sus gorgoros para las noches. Presentóse al descubierta, y á pocos minutos un silbido modulado y penetrante se escuchara. Dirigió la vista al sitio de donde saliera, que fué en el torreón cercano, descubriendo sobre su plataforma un gallardo manco con traje morisco, que la saludó profundamente.

Estrella se ocultó ruborizada, pero desde el ramaje dirigía miradas escudriñadoras á su joven vecino, teniendo como una interior complacencia en examinarlo.

El ave, como disgustada de la desaparición de la bella, cerró el pico, no escuchándose sus cánticos.

Aquella noche no, pero á la siguiente, bajo pretexto de una leve enfermedad se acostó más temprano, pero fué para asomarse en cuanto se recogieron los suyos.

El vigilante rui señor la aguardaba. Sonaron sus amorosos acentos, pero no ya en las murallas, sino al pié mismo del elevado ciprés.

Y aún le esperaba otra sorpresa; el musulmán que la saludara la tarde anterior, se hallaba, sin saber cómo se introdujo, en las ramas del florido limonero.

—Perdonadme, divina sultana, le dijo en lengua de Castilla, soy un atrevido en presentarme ante el nuevo sol que alumbra mi desventurada ciudad. Pero no temais un ultraje: jamás un servidor más respetuoso pudiera besar vuestras plantas. El amor que me devora es la causa; vuestra hermosura nunca vista me impele. Sois dueña de mi vida, respondedme si debo morir.

Estrella quedó confusa, trémula. En su aturdimiento solo acertó á contestarle:

—Idos, pueden castigar vuestra osadía. No me vereis más si os encuentro en el jardín. E: tonces avisaré á mis padres.

—Pues como recuerdo eterno de mi primera ventura, dadme un ramo de esos jazmines, menos blancos que vuestros dedos angelicales.

—Tomad y marchaos.

El moriscó se echó de un salto al pavimento. Besó con transporte las flores, y le añadió:

—Cuando el amante ruiseñor entone su cantinella, será seña, ídolo del alma, que necesito de tu presencia.

Y dirigiéndose al tronco del ciprés desapareció cual por encanto.

Estrella permanció clavada en el sitio, muda de asombro, sin darse cuenta de lo que pasaba, no saliendo de su éxtasis, hasta que el trino del pájaro



JUNTA DE ANDALUCIA

Repositorio de la Biblioteca Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

se escuchó de nuevo en el torreón y el atrevido galán desde su elevado recinto le enviaba una cariñosa despedida.

III.

Transcurrieron bastantes semanas. La pasión todo lo vence, todo lo avasalla, y á sus ímpetus se borran las distancias, y se unen los más opuestos caracteres.

Estrella y Ben-Said se amaban como el ave que fué su emblema, y la pureza de sus palabras era igual á la fidelidad de sus juramentos. El jóven prometía abjurar su falsa creencia, y ella ser suya ó de nadie.

Semejante situación no podía ser duradera. Los padres extrañaron el estado de su hija, conviniendo en que estaba enferma ó enamorada.

Pedro, su hermano, alférez de piqueros, quedó en descubrir el enigma.

En sus primeras centinelas, escuchó sin comprenderlo el diálogo de los amantes, y conoció la raza del atrevido.

¿Cómo se introducía en el jardín? Las puertas estaban cerradas. En las tapias no se halló seña de escalamiento ni rozadura.

—Con paciencia todo se alcanza, se dijo el soldado.

Decidió ocultarse en la cueva del fondo del jardín. Á media noche el trino de un ruiseñor hendió los aires.

—Muy fuerte es el sonido para tan pequeña garganta. ¿Será una seña? Los infieles imitan diestramente los cantos de las aves, añadió Pedro, prestemos doble atención.

Acto continuo Estrella apareció en la galería, y un bulto saliendo como del tronco del ciprés, se aproximó á ella.

Se oyó el ruido de un ballestazo y un grito de dolor mal reprimido.

La jóven cayó desmayada al ver á su hermano que salía del escondrijo blandiendo la espada. El aparecido despues de sus ayes de angustia, se perdió en el instante. Á las voces del alferez, acudieron los criados con hachas.

Registraron hasta el último rincón, pero en vano. Unas manchas de sangre al pié del árbol y en la pila de mármol fué su único hallazgo.

—Esperemos la luz del dia para seguir nuestras investigaciones. Esta sangre nos servirá de rastro.

Así lo hicieron. D. Pedro, que era despreocupado como pocos, y ducho en las artes de sus enemigos, sospechó que la entrada del galán tenía que ser por un camino subterráneo.

Al asomar la aurora notó que el agua de la pila estaba turbia, y una de las losas conmovida y sangrienta.



Ministerio de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

—Dí con la clave, murmuró. Introdujo la hoja de la espada en una junta y saltaron unos resortes, dejando descubierta la entrada de una mina.

Pedro sin abandonar la espada, y seguido de dos escuderos que llevaban antorchas, bajó la estrecha escalera hasta penetrar en el subterráneo. No fué largo el camino. Unas cien varas anduvieron subiendo la pendiente, hasta tropezar con una compuerta de hierro, que franquearon, pues estaba cerrada. Se hallaron en el recinto de una de las torres que defendían el amurallado recinto interior, y de allí á pocos pasos en una estancia amueblada y con ricos tapices, donde en un lecho se veía al jóven morisco rodeado de sus servidores, que echaron mano á sus puñales al divisar los que llegaban. Un médico árabe, les hizo un signo de espera, y dirigiéndose al alférez, le dijo:

—Si buscáis á Ben-Saib, ya es tarde. La ciencia es impotente para salvarle.

Los castellanos se detuvieron entristecidos.

—Te perdono mi muerte, hermano; estaría escrito; hubiera sido muy dichoso con la hermosa nazarena.

Poco despues, espiró.

Pedro volvió á su casa y contó á sus ancianos padres el triste desenlace de la aventura.

Estrella, al volver de su desmayo, manifestó los primeros síntomas de su enfermedad. Su locura era pacífica, pero incurable, hasta que murió una noche, como una luz que se consume, al pié del ciprés, sin sufrimientos y sin conciencia de su estado.

Cuando la rebelión de los Monfies, Pedro era ya capitán. En el combate de Dúrcal, un moro de los que servían á las órdenes del *Xabá*, atropellando las filas castellanas llegó á él atravesándolo de un saetazo. El arma decía: «Venganza por Ben-Said.» Los soldados hicieron pedazos al fanático.

IV.

Generaciones de vivientes se han hundido en el polvo. Reyes y soldados, damas y caballeros, trajes y costumbres, todo ha desaparecido. Y sin embargo el *ciprés encantado* se conserva erguido á través de los siglos, y el torreón se levanta aunque carcomido y desmoronado, indicio eficaz del espacio que ocupaba la primera muralla de la Alcazaba. Solo el camino subterráneo no existe y la casa del repostero de D.^a Isabel I es casi una ruina. ¿Quereis examinarla? Pues en el lado contrario de la Iglesia se descubre. Un pilarillo que parece un agujero se infiltra en su ángulo. El árbol de la tristeza eleva su copa sobre los escombros que lo circundan, y parece se inclina al sitio donde morara el enamorado ruiseñor humano, en cuya antigua vivienda solo el pájaro de la muerte reposa en las noches oscuras, lanzando su lúgubre y fatídico silbido.



El Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EL PADRE ETERNO.

Leyenda.

I.

En la placeta de Santa Inés, subiendo la cuesta de este nombre y al número 7, se encuentra una antiquísima casa, cuya construcción pasa desapercibida á los naturales, pero no á los extranjeros.

Su origen árabe se descubre con solo mirar el arco que la sirve de puerta de entrada, y los calados é inscripciones de encima, medio ocultos por una prosáica ventana de hierro, hacen fijar la vista á los anticuarios que descifran las sentencias de Corán que contienen.

Bastantes particularidades existen dentro. El techo del salón principal tiene las ensambladuras é incrustaciones de la época, y dos torres de áspera subida denotan sus muchos siglos de existencia.

Este edificio, donado cuando la conquista á mis ascendientes, ha sufrido las injurias del tiempo y la falta de habitarlo sus dueños, hasta hace poco que salió de nuestro poder.

Pero lo que llamaba extraordinariamente la aten-

ción de cuantos entraban en el patio, era una especie de cuadro pintado al fresco, representando ó queriéndolo representar, que es lo mismo, al Supremo Hacedor teniendo al globo terráqueo junto á sus rodillas, y señalando un sitio ambiguo, pues no se sabe si es á la derecha ó á la izquierda. Á pesar de las humedades, la pintura no está borrosa y se conserva bastante visible. La mayoría, creyendo que es señal de un tesoro oculto, han abierto infinidad de catas y agujeros en daño de la finca, pero nadie hasta la fecha tropezó con lo codiciado. Tal vez cuando las ruinas derriben sus cimientos, puede ser que haya algún afortunado mortal que dé con el sitio á que verdaderamente mira la figura.

¿Quién mandó colocarla? Lean y se enterarán los que gustaren.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

II.

Don Lucas del Rincón y Zornoza, era el año de 1600 el decano y primero de los escribanos de la sala de hijosdalgos de la Real Chancillería de Granada. Sus emolumentos, sus chanchullos en los pleitos de nobleza y de cruzamientos, además del producto de fincas que disfrutaba en el campo de Criptana, le hacían pasar por uno de los curiales



más ricos y desahogados de cuantos manejaban la pluma en aquella bonancible época para los de su clase. Pero sin embargo, su morada, que es la que hemos descrito, y que llevaba en alquiler, servía de prototipo de la miseria y de la avaricia.

Su mujer, una castellana vieja, raquítica y enflaquecida, se había muerto; los murmuradores decían que de hambre, pues á instancias de su digno esposo, ayunaba todo el año, más que por ejercicio cristiano, por no comer y ahorrarse el gasto consiguiente. Quedóse D. Lucas con una sobrina recién traída de su tierra, á quién su robustez y poca edad ayudaban á soportar las privaciones, y la mandadera sorda que verificaba las pocas compras que en aquel tugurio ocurrían.

En el entresuelo, con comunicación al portal, se hallaba la escribanía, donde dos infelices mozalbetes garrapateaban de lo lindo, con prohibición expresa de comunicarse con el interior, así les faltara la vida, ó se ahogaran en el polvo que de la fecha de cada rótulo de legajo existía para delicia de su principal. Si tenían sed iban á apagarla al pilar de la calle de S. Juan, y si faltaba la luz y no había terminado su jubileo el escriba, entónces tenían orden de sentarse en los escalones de Santa Inés, hasta ser llamados despues de aviado y encendido por sus peccadoras manos el *belón de Lucena* de cuatro mecheros, que les ayudaba á quedarse ciegos por las noches. Brasero en invierno, Dios lo de; había una tarima como adorno, y todo el lujo que se permitía con sus dependientes en aquellos dias en que los

dedos de las manos no podían *hacer el huevo*, y menos por lo tanto escribir, era traerles cuatro ó cinco ascuas en la enorme copilla de hoja de lata, receptáculo inmenso de ceniza, pero con la condición expresa de que apagadas volverían al fogón de donde salieron.

Uno de los muchachos tenía quince años, una enorme cabeza y escasas facultades físicas é intelectuales, siendo únicamente una máquina de escribir. Su soldada la entregaba á su madre, y esta le tenía lo mejor mirado en lo posible. El otro, llamado Pablillo Luque, era más espigado y revoltoso. Cumplía sus diez y ocho primaveras, sino que la falta de recursos, pues eran muchos de familia le tenían espelerido y con remendados hábitos, y amén delo triste del lugar, su frente no podía alzarse con donaire ni permitirse el lujo de un barbero que lo restaurase.

En aquel antro es donde se hallaba á sus anchas el D. Lucas, y contemplando á los satélites, se consolaba algo de su fealdad, pues el escribano era de los que, como vulgarmente se decía, que le *daban un susto al miedo*.

Pocas veces conversaba con ellos, solo para designarles el trabajo, ó para censurar el lujo y despilfarro de otras escribanías que empleaban escobas y sacudidor de vendo, pendiente de su clavo detrás de la puerta. Los dependientes se aguantaban como estátuas, y el sermón concluía con unas frases de elogio á la dieta, que eran contraproducentes en los pobres chicos, á quienes hablar de comer, era



Patrimonio Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

para, con una série de bostezos, dar seña y sazón de la carencia de panes que tenían sus estómagos.

Cuando falleció la cónyuge, descansaron de la esclavitud el novenario y hasta recibieron un pedazo de tafetan negro para corbatas de luto. Mas luego se volvió con doble ahinco á la carga, y á la vida monótona y sedentaria, hasta que un acontecimiento inesperado fué objeto continuo de hablillas y comentarios.

La sobrina, que desde que murió su tia empezara á cobrar algunos ánimos, hizo presente al vejestorio, que era indigno de su cargo recibir á tanto caballero de título en el cubil de la escribanía, y que era necesario habilitar el estrado, y que un basurero se llevase á toda costa la mugre almacenada en las habitaciones.

Por poco si D. Lucas la golpea, ante aquella inesperada y extraña invitación; pero Mariquita de las Nieves, que era el nombre de la muchacha, aunezazó con irse, reconviniéndole que contaría en su tierra que el señor golilla habitaba en una pocilga, en vez de una casa de seres racionales.

Este consintió al fin, suspiró hondo y se fué á la Audiencia á despachar, para no ser cómplice de semejante desaguisado.

Á la vuelta notó que se habían fregado las escaleras, y en la sopa un sabor nuevo y agradable. Era que se había partido, para darle sustancia, un jamón monumental, regalo de un futuro santiaguista, y espejo donde se miraba con delicia. Dos lágrimas humedecieron sus gafas verdes, pero no hubo

regañó ni anatema; antes bién, se engulló dos ma-
gras y fuese á dar el cuotidiano paseo al Aljibillo.

¿Había ocurrido también novedad en el escritorio?
Principio quieren las cosas para concluirse.

Solos estaban los gárrulos, cuando un ruido ines-
perado vino á sorprenderlos.

En un ángulo del testero principal sonaron los
primeros golpes. ¿Quién pudiera figurarse que exis-
tiese allí el más pequeño ventanillo? Pues junto al
techo se encontraba. Mas las pocas laces, las tela-
rañas inmensas que formaban una capa impenetra-
ble, y la suciedad que cubría los agujeros de la
rejilla de alambre, le daban el aspecto de un macizo
torreón sarraceno.

Á los envites del sacudidor cayeron sobre la es-
quina de la mesa moscas antidiluvianas y restos de
materiales desconocidos, y cuando los asombrados
escribientes no acertaban á explicarse el suceso, se
oyó una voz sonora que decía:

—Mancebos, ayudad por ese lado golpeando aun-
que sea con la bayeta de limpiar las plumas.

Pablo, como más ágil, se subió en los brazos de
un antiquísimo sillón de baqueta y ayudó al tragín,
penetrando una luz desconocida hasta entonces; pe-
ro cuando más absorto se encontraba en desempe-
ñar su cometido, abrió desmesuradamente la boca,
y bajándose exclamó:

—Ruperto, vaya una sobrina que tiene el prin-
cipal. Sus mejillas chorrean sangre, como las san-
días del Soto, y tiene unos brazos como mis dos
piernas, y despues unas...



—Calla, calla, endiablado, si D. Lucas sabe que miraste para adentro, nos lleva á la Inquisición. ¡Ave María Purísima!

El muchacho se quietó entonces, pero sin apartar la vista de aquel extremo. De pronto se eclipsó la luz y un paño ó trapo oscuro tapó perfectamente lo deshollinado, volviendo la cueva á sus tinieblas acostumbradas.

Los jóvenes recogieron la basura en unos papeles inútiles, para que no se conociese el acto, la arrojaron al sótano, y siguieron copiando genealogías y hazañas más ó menos verdaderas.



JUNTA DE ANDALUCÍA

III. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Cuando D. Lucas volvió á las oraciones á su casa, se halló que de la puerta interior adentro todo estaba brillante y metamorfoseado. Su alcoba olía á espliego y el lecho ostentaba unas sábanas limpias; lo que demostraba un atrevimiento sin límites. El corazón quería saltársele del pecho. Echó la llave para reflexionar á sus anchas y entabló el siguiente monólogo.

—Nieves me arruina. Esto no debo tolerarlo de ningun modo. Verdad es que la comida ha sido excelente, y qué cuando uno se acostumbra á los

buenos olores, ya no hay recurso, sino dejarse arrastrar hasta el abismo. Que se vuelva á la montaña, y me acomodaré con la Dorótea. ¿Qué diría la que se pudre ante tanto despilfarro? Muy misera era; más que yo, que es cuanto se puede asegurar; pero así juntamos este oro que tanto me encanta. Me pasaré sin ella, me decido. Pero algo se ha de conceder á los pocos años. Mi costilla con su flato ardiente estaba hecha un almacén de huesos, y esta sobrina es tan fresconaza y artilosa. Durmamos, que el sueño es buén consejero, y el Señor dispondrá.

El vejete se introdujo en el lecho blando y desahumado murmurando:

—Yo estoy ágil aún, no he cumplido los setenta y el dinero hace milagros. Tendría que verme con algún pequeñuelo en la falda.

Este extraño pensamiento le hizo producir en una mueca que aumentó su fealdad y se quedó dormido frotándose las manos de placer.

IV.

El cambio verificado en el domicilio de D. Lucas fué el pábulo en mucho tiempo de las conversaciones curialescas. Le dirigian sendas pullas que se tragaba impasible, y se vengaba en acceder á cuan-



CONSEJERIA DE CULTURA

tas peticiones y gastos le exigía la María de las Nieves.

El acontecimiento de un domingo, fué verle en misa mayor con la sobrina. Estaba desconocido. La peluca era flamante y hasta con rizos, y la casaca y chupa que tenían un color de ala de mosca, raída y mugrienta, se cambió en un completo traje de paño de seda, con zapatos charolados y medias sin señales de celosías. Hasta se desenterró del arca una caña de Indias con puño de macizo oro, y los anteojos se cambiaron en cristales ahumados sin guardapolvos. El sombrero de candiles estrenándose, y si al escribano se le hubiera podido añadir otra fisonomía menos repulsiva, fueran las cosas tortas y pan pintado.

—Ya chochea el buen hombre, decía un alguacil mayor, con quien tuvo malas cuentas. Esto huele á boda y despues á cementerio; que casamientos, caídas, etc., son el punto final para los ancianos.

—Déjele usted, D. Blas, respondía un receptor chancero, como toda su vida ha comido de vigilia, ahora quiere saborear la carne, y en eso hace bién.

—Y la muchacha no tiene viejo ni para empezar. Será pobre y tendrá que apechugar con todo. Es guapota y saludable.

—Y ordinaria, amigo mio; camina como las vacas de su país. Pero que quien la ha de besar que la busque la boca; nosotros los que tenemos tratos y contratos con D. Lucas, hemos ganado des cosas; una, que está de mejor humor hace algunos meses,

y otra, que no hay que echarse en legía como antes al salir del escritorio.

Y era verdad cuanto se expresaba en este diálogo.

¿Qué lo motivaba? Los acontecimientos futuros lo irán explicando.

También los consejos, ó ya casi las órdenes de la nueva señora, habían alcanzado á la oficina. Aunque suspirando, pues era cruel el sacrificio, les había llevado á los escribientes dos escobas de caña, un plumero y unas rodillas, y órdenes de barrer y asear diariamente, ayudados por la mandadera. ¡Lo que salió de escombros en los primeros días! La atmósfera de la placeta se nublaba y el vecindario acudió en memorial al Corregidor con sentida queja. Por fin se limpió el nuevo establo de Augías, y los ánimos recobraron la calma.

Puesto en el precipicio, el avaro quiso hacerse amar de los suyos. Aumentó la soldada á los amanuenses, y les regaló un traje para las fiestas. Por fin Pablo, pudo dedicar algunos maravedises al barbero, y arreglada su desaliñada cabellera, y lavada su vera-efigie, se presentaba un mozalvete talcualejo, salvo el hocico de zorro, que lo designaba siempre como tipo de astucia y malignidad.

¿Pero á qué milagro ó hechizo se debían estas asombrosas variaciones? «Todo lo vence el amor,» dijo algunos siglos despues el galán de la comedia de magia, *La Pata de Cabra*; pues bién, ese niño vendado é inconsciente era el autor de semejantes calaveradas. El gusanillo roedor se metió en el pe-



Repositorio de la Universidad de Sevilla
CONSEJERÍA DE CULTURA

Generalife

cho de don Lucas y la imagen de la sobrina no podía salir ni á tres tirones de su mente. Tomó una determinación heroica :decidióse á contraer segundas nupcias.

—La Nieves, se decía, es simplota; no está baqueteada en amórics ni devaneos, y ante las amarillas que le enseñaré, y el deseo que manifiesta de echarla de ama, no digo un sí, sino una docena dará presurosa. ¿Pero debo hacerlo? ¡Toda una vida de privaciones para despues este derroche! Lo principal es pasarlo bién, y ya es una necesidad para mí la muchacha. Que murmuren cuanto gusten los de la *Casa grande*, yo tendré una esposa jóven y pasaré alegre el resto de mis días.

Una semana estuvo en estas vacilaciones. La sobrina triunfaba y gastaba, pero relucía el casaron, y era una delicia el tufo que exhalaban las hornillas.

Despues de los oficios de un domingo, D. Lucas la llamó á su gabinete.

A cualquiera otra le hubiera impresionado el aspecto del escribano, pero la lugareña había aprendido en poco tiempo las lecciones de su consejera áulica la mandadera, que no perdonaba su parte del botín, y se presentó sonriente como una diosa, aunque de tercer orden.

—Sobrina, le habló con un tono como si cantase vísperas. Un asunto gravísimo he de comunicarte: se trata de tu honra, de la mía.

—Señor, me asusta usted. Pues si no se abre un resquicio de ventana sin su permiso.

—Ya lo sé, cálmate. No se trata de eso. Cuando

vivía la parienta (Q. E. P. D.) nadie tuvo derecho para murmurar. Pero hoy, tú eres joven y bien parienta (esto lo dijo relamiéndose los únicos tres dientes que le quedaban), yo soy un hombre aún fresco, y... vamos, esta situación es insostenible. He resuelto por hacer una obra de caridad contigo, que nos casemos según manda la Santa Madre Iglesia, dentro de dos meses, siempre que tú lo aceptes gustosa, y no por el porvenir que te aguarda, porque serás muy rica, sino por contento de mi persona. Te doy tres días de término para que lo reflexiones y des respuesta. Entonces escribiré al pueblo y se pondrán todas las diligencias al corriente.

Nieves se echó á llorar mitad de regocijo y mitad de pena, pero reponiéndose le dijo:

—Bien le consta la gratitud que le profeso. De esto al cariño solo hay un paso. Si usted ampara una pobre huérfana, yo no olvidaré nunca el beneficio. Bien ha experimentado ya cuánto le cuido y lo venero.

Como se ve, la palurda no se mordía la lengua. Don Lucas se infló de júbilo como una esponja y sacando de su papelería una caja con una preciosa gargantilla de corales, se la entregó diciendo:

—Toma, principia á constituir tu ajuar, y desde ahora puedes reputarte como el ama de cuanto poseo.

Nieves cerrando los ojos se echó en sus brazos, y luego se fué corriendo como avergonzada de su acción, ó, más bien, á consultarle con su amiga. El



Monumenta de la Anamora generalife
CONSEJO DE CULTURA

futuro marido la vió salir, y asomándose á un espejo que le servía para rasurarse, exclamó:

—¡Lo que hermosea el dinero! Bién hice en conservarlo para estas ocasiones.

¿Pero sería por afecto al vejestorio, por sus monedas, ó por otras razones por las que Nieves estuvo tan propicia?

Vamos por partes á dilucidarlo.

V.

Desde que el larguirucho de Pablito, comunicó á su contrahecho colega la agradable visión descubierta por la rejilla de alambre, no cesó su mente de soñar con las perfecciones de la sobrina de su amo. Y cuando merced á las locuras de este se aliñó su rostro, y se cubrieron las ventanas de su ropilla, decidió nada menos que la conquista de aquella inexpugnable fortaleza. ¿Mas cómo verla ni hablarla?

En las ausencias de D. Lucas del despacho, con la agilidad de un mono se encaramaba hasta el tragaluz, y con las largas tijeras de la escribanía levantaba las esquinas del paño interpuesto, dirigiendo sus lúbricas miradas al patio interior. Dos ó tres

veces le sorprendió María de las Nieves en aquella postura, y sea por el gesto suplicante del mozalvete ó porque no la desagradase el atrevimiento, nada dijo al tío, contentándose con sonreirse al subir la escalera, enseñando unos robustos cimientos, y esto más tuvo que añadir Pablo al cúmulo de perfecciones que la descubría.

El cabezudo, aunque su corta inteligencia no le demostraba el alcance de los ejercicios gimnásticos del pasante mayor, sudaba y trasudaba temeroso de que asomara el cuello D. Lucas, y se diera todo por perdido.

Pablo lo tranquilizaba regalándole algunos trozos de tabaco negro que eran las delicias del imberbe.

Así las cosas, cogió un fuerte catarro el viejo, y tuvo que franquearse la puerta al muchacho para leerle pliegos y recogerle algunas firmas de urgencia. Aprovechó la ocasión el tuno, y al cruzar los corredores entregó á la Nieves un muy doblado billete con un corazón traspasado de aguda flecha y no cortos renglones, prodigio de muchas veladas caligráficas. Á la niña le estorbaba lo blanco de los ojos para tales lecturas, pero lo guardó en el corpiño, y no puso mala cara al atrevido, aunque previniéndole que no volviese á papelearla.

Al pronto no quiso franquearse con la mandadera; pero esta, que conocía la aguja de marear, y que por algo le llovian mendrugos y desperdicios en la cesta, en uno de los coloquios que tenían en lo más recóndito de la despensa, la dijo:



—Fuera necesario estar ciegos para no conocer la voluntad que te profesa el amo. No desperdicies la ocasión, que poderoso caballero es don dinero. La gallina vieja hace el caldo, y no hay nada más horrible que la necesidad. Sábetete, hija, que con un caldero viejo se remienda uno nuevo, y ya tendrás en tu tierra algún gañán de seis palmos por quién te despepites. Espera, espera, que el tiempo todo lo alcanza. Lo importante es que no se escape de la jaula el pajarito que está para caer.

—Ese es mi deseo, tía Mónica, contestó la taimada, y aunque fuera Matusalen apechugaría con sus arrugas, por tal de llamarme doña, y tener alepines y gitanillas. Pero á usted me confío, no es de mi pueblo el galán que me reservo, sino de la oficina, en la persona del escribiente más crecido, que me ha endosado este geroglífico, ignorando sin duda que no se leer ni escribir.

—Trae, paloma, ¡y qué corazón y como gotea tinta! Afortunadamente, tengo un primo sochantre, que lo mismo se deletrea un alfabeto que entona un responso. Mañana sabrás el contenido.

Y sin leerlo, cualquiera puede figurárselo. La declaración amorosa más incendiaria y churriguesca que puede salir de una pluma de ganso. Tales las usaba el bueno del escriba.

Por el pronto no obtuvo contestación, pero la Mónica movió el pandero, terminando por varias entrevistas peligrosas por ser á la hora del canto del gallo y por una ventana que se abría sobre la cuesta.